



Fig. 3.—Fresco representando un cazador bosquimano disfrazado de avestruz. AFRICA CENTRAL.

## CAPÍTULO PRIMERO

### EL ARTE EN LOS PRIMITIVOS ACTUALES

EL que quiera estudiar los orígenes y desarrollo del arte, siéntese impulsado á empezar por las primeras tentativas de los niños, en los que podríamos encontrar el instinto primordial de formar combinaciones de líneas y reproducir, á su manera, los objetos que les impresionan de su alrededor. El niño obra movido por una fuerza, por un impulso, que acaso sea el que nos lleve más tarde á producir las grandes obras artísticas.

Estas representaciones infantiles, en apariencia tan libres, están sujetas á leyes de error, que son las mismas de las imágenes de todos los pueblos primitivos. El niño, en primer lugar, no reproduce los objetos tal como los ve, nunca los mira al dibujarlos, aunque los tenga delante; se vale, para su representación, no de la forma real del objeto, sino de una imagen semiconsciente que de ellos tiene formada en la memoria. Todas las partes de un cuerpo son dibujadas por el niño, como vistas desde el punto de mira en que se presentan en su máxima dimensión; así el pecho y la cadera están de frente, pero la nariz de perfil y las orejas planas saliendo de la cara, las manos abiertas y los pies vistos de lado (fig. 4).

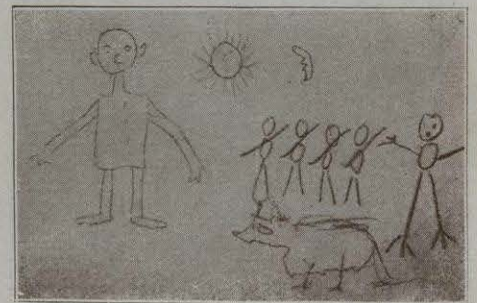


Fig. 4.—Muestra de un dibujo infantil.



Fig. 5. — Tocado de cicatrices con un disco de marfil en el labio perforado. CONGO.

tuna, una serie de pueblos salvajes repartidos por diferentes puntos del globo, con un cuadro de vida humana tan elemental, que difícilmente encontraríamos, retrocediendo mucho, en el apuntar de la vida prehistórica europea.

Los australianos, los esquimales (antes de sus relaciones con los pueblos civilizados), los salvajes de las islas Adamanes, de la Tierra del Fuego y algunas tribus del continente negro, son los ejemplares inferiores de nuestra pobre humanidad, donde espontáneamente podemos ver aparecer el mismo instinto de actividad artística que encontrábamos en los niños.



Fig. 6. — Tocado de cicatrices. CONGO.

Los niños no intentan reproducir la gran variedad de los objetos que ven á su alrededor, sino que se limitan á repetir algunos tipos, siempre los mismos, con un repertorio muy reducido que tienen fijado en la memoria.

Más avanzados ya de facultades y sentimientos que los niños, son los salvajes actuales, con sus sociedades rudimentarias, que han sido recientemente estudiadas por exploradores y misioneros, fundando con todos estos datos una ciencia nueva, la *etnología*, ó ciencia de los orígenes humanos. Quedan aún, por desgracia ó por fortuna,

una serie de pueblos salvajes repartidos por diferentes puntos del globo, con un cuadro de vida humana tan elemental, que difícilmente encontraríamos, retrocediendo mucho, en el apuntar de la vida prehistórica europea.

Los australianos, los esquimales (antes de sus relaciones con los pueblos civilizados), los salvajes de las islas Adamanes, de la Tierra del Fuego y algunas tribus del continente negro, son los ejemplares inferiores de nuestra pobre humanidad, donde espontáneamente podemos ver aparecer el mismo instinto de actividad artística que encontrábamos en los niños.

Todos estos pueblos, á excepción de los esquimos, van completamente desnudos, formando el grupo que Grosse ha calificado de *pueblos cazadores*, sin otros recursos para la vida ni otra propiedad que la de sus armas primitivas y el producto de la caza. Y no obstante, sobre la piel del más miserable de estos seres humanos, vemos aparecer la primera manifestación artística: son, en los salvajes de razas negras, grandes rayas ó excoriaciones hechas para decorar con cicatrices sus cuerpos oscuros, por el contraste de la piel lisa con las profundas líneas de su epidermis cortada expresamente (figs. 5 y 6).

Los salvajes del Congo para este tocado se abren la piel, impidiendo después su natural cicatrización durante algún tiempo con jugos de hierbas irritantes. Los polinesios y australianos de piel morena se decoran con las líneas azuladas de sus tatuajes misteriosos, que hacen el mismo efecto de claro obscuro (figs. 7 y 8). El gusto erótico y estético de las cicatrices y tatuajes, parece estar latente siempre en el fondo del alma humana. Ya veremos en el próximo capítulo cómo también se tatuaban los hombres de las razas primitivas europeas. Actualmente los tatuajes han sido importados de nuevo en Occidente, desde el Japón y la Polinesia, y las bajas clases sociales de nuestra Europa, los obreros de las grandes ciudades y de los puertos, encuentran en sus miembros tatuados el mismo gusto que encontrarían sus antecesores de la edad de piedra ó los salvajes de las islas oceánicas. Hasta en las llamadas clases superiores se advierten supervivencias de estos gustos: las cicatrices de la cara del estudiante alemán, al mismo tiempo que dan exteriormente una buena idea de su resistencia física, son también un adorno de claro y obscuro para el cutis algo femenino de la raza germánica. Los velos del sombrero de nuestras elegantes, llenos de dibujos y adornos bordados, producen el mismo efecto que los tatuajes, de hacer resaltar el color de la piel por el contraste de estos adornos más oscuros sobre el fondo claro.

El mismo sistema de decoración por cicatrices vemos empleado hoy por los panaderos, cuando cortan la pasta del pan, que al introducirla en el horno se agrieta formando rayas ó cicatrices paralelas del mismo valor estético que las excoriaciones epidérmicas de los salvajes del Congo.



Fig. 7. — Mano tatuada de un indígena de las islas Marquesas.



Fig. 8. — Ejemplar del tatuado en la cabeza de un cadáver. (Museo de Gotinga).



Fig. 9.—Operación del tocado de cicatrices. Congo.

Todos los pueblos primitivos se pintan, además, la cara, los brazos y el pecho con los colores intensos: el rojo, el ocre y el blanco. Un australiano, errante todo el día en acecho de la caza, lleva siempre el color indispensable para su tocado en el hueco de un pedazo de corteza. Los colores tienen una significación simbólica para el luto ó las fiestas; los adolescentes son iniciados, al entrar en la pubertad, en el uso de la pintura. Algunas tribus del Africa entregan á un primer rudimento de casta sacerdotal el monopolio de los colores. Todos estos pueblos desconocen el lujo en el vestir, no respetan la propiedad ni el derecho, y ya todos ellos sienten esta primordial necesidad de adornar con líneas y colores lo único que acaso poseen, su cuerpo desnudo.

Darwin, en su viaje de naturalista alrededor del mundo, explica que, al llegar á la Tierra de Fuego, compadecido de ver á los salvajes desnudos en aquel clima frío y de continuas borrascas de la América del Sur, regaló á uno de ellos un pedazo de tela para cubrirse, y con sorpresa vió que con ella, en lugar de vestido, se confeccionaba extraños adornos para el cabello. Por lo que antecede notamos que, allí ya, las exigencias del tocado eran superiores á las de la comodidad y las necesidades más perentorias.



Fig. 10.—Dibujo grabado en los muros de las cavernas de Sierra Prieta. Sto. Domingo.

El adorno parece ser un instinto capital en el hombre, y acaso también la primera manifestación artística. |

→ Cabe preguntarse ahora si el salvaje que ha decorado su epidermis con grandes excoriaciones, tatuajes ó pinturas, ha tratado tan sólo de embellecerse... Es preciso investigar si ha realizado una obra estética ó si tiene otro fin religioso ó utilitario. Cabría en lo posible que sus señales fueran como un blasón para distinguirlo ó bien para causar espanto al enemigo. Podría haber querido reproducir la forma ó las manchas de un animal sagrado, que él tuviese como protector.

Estas curvas extrañas de los tatuajes, ¿responden á un ritmo obscuro interior de su alma primitiva, ó bien son la reproducción de algo exterior que percibe con su sensibilidad, tan distinta de la nuestra? Los tatuajes (figs. 7 y 8), ¿no reproducen en los salvajes inferiores, objetos ó animales, el sol ó la luna? ¿Son, en cambio, líneas paralelas ó círculos y elipses completamente arbitrarias, formando algo parecido á los sistemas que llamaremos más tarde de *decoración geométrica*? Esto podría indicar que, en su origen, el arte no es una imitación, sino una necesidad de expresión de algo interior, como un ritmo musical de formas sentidas en el interior del alma humana.

Es lo mismo que pasa con el



Fig. 11.—Grabados existentes en la caverna de La Guácará del Comedero. Sto. Domingo.



Fig. 12.—Bajorrelieve de la entrada de la caverna de Hernando Alonso. Sto. Domingo.



Fig. 13. — Dibujos ornamentales de los indios del Brasil.

imagen ó representación de las cosas exteriores. Por esto quedaríamos más sorprendidos al saber que algunas de aquellas imágenes son verdaderas copias de las irisaciones de la piel de un animal, ó quieren reproducir los movimientos de una serpiente perseguida; son reproducción, en una palabra, de sensaciones concretas, percibidas tan sólo por los órganos finísimos de los indígenas.

En ninguna parte, por ejemplo, la ornamentación tiene un carácter más *geométrico* que entre algunas tribus del Brasil. Á primera vista nada parece copia del natural, de lo exterior. Pues bien; Ehrenreich, que ha hecho profundos estudios de aquellos ornamentos sobre el terreno mismo, ha probado de una manera irrefutable que representan siempre tales decoraciones á los animales más comunes del país. Uno de ellos (fig. 13), que parece simple ornamentación de líneas paralelas, resulta ser la imagen de los murciélagos con las alas extendidas; otros, donde podríamos ver la cruz ó ciertos entrelazados caprichosos, son la silueta de las serpientes.

Lo más fácil es que el salvaje, al dibujar estas formas, trate de representar formas naturales, pero como el niño, no quiera reproducir los objetos tal como los ve, sino tal como son las imágenes que de ellos tiene formadas en la memoria, y repetidas después por hábito, y estilizadas hasta perder el aspecto que tienen en el natural.

Esto contradice la teoría de la formación espontánea de un primer repertorio artístico igual en todos los pueblos. Cuando se advirtió que la cruz,

arte ornamental decorativo de las cavernas americanas (figs. 10 y 11). Pocas veces se encuentran allí formas que se reconocen en seguida como derivadas del natural, tal como son las esculturas de la caverna de Hernando Alonso, en Santo Domingo (fig. 12). Lo más común es encontrar sólo grecas y combinaciones de curvas y entrelazados rectilíneos, que no parecen representar ninguna imagen de la realidad plástica exterior.

Pero á medida que van siendo más conocidas estas capas inferiores de la humanidad, cuando los hombres de ciencia han podido disponer de más datos, y conocer el verdadero significado de algunos de ellos, el problema ha parecido cambiar de solución, reconociendo en muchas de estas decoraciones primitivas un valor imitativo.

→ Esto es lo que ha ocurrido, por ejemplo, con el arte ornamental. El que penetra por primera vez en un museo de etnología comparada, donde se han reunido armas, útiles y objetos procedentes de las tribus salvajes actuales, no reconoce á primera vista más que líneas angulosas, circulares, etc., sin ninguna

por ejemplo, ó los círculos, aparecían uniformemente en todas las decoraciones de los primitivos, estuvo á punto de suponerse que existía un repertorio elemental de decoración artística ingénito á la naturaleza humana. Como no procedían de una reacción del exterior, como no eran copia ó imitación de estas formas, tenían que ser instintivos; los hombres las inventarían en los países más apartados y en las condiciones de vida más diversas, puesto que eran patrimonio natural de la especie. Y de aquí los orígenes del arte en las sociedades humanas como una fatalidad. Sin libertad, los hombres empezarían creando siempre las mismas decoraciones geométricas, coincidiendo por instinto en los mismos tipos.

La semejanza de algunos temas ornamentales del arte de los primitivos americanos con las manifestaciones artísticas de las primeras civilizaciones europeas, ha hecho pensar también en un origen común y en posibles relaciones en épocas lejanas. Pero hay que precaverse mucho antes de formular estas hipótesis.

Ahora vamos viendo que, aunque coincidan en algunas formas, los primitivos quieren representar con ellas cosas muy distintas. Además, sus órganos perciben las líneas y colores de una manera muy diferente del hombre civilizado, y lo que para nosotros puede parecer idéntico, para ellos es enormemente distinto; lo *geométrico* para nosotros, puede ser para ellos expresivo. Un australiano conoce desde muy lejos el sendero que á su cabaña conduce, y en las selvas vírgenes los salvajes siguen pistas invisibles para el europeo. Así ya no extrañaremos que el grosero escudo de un australiano (fig. 14), donde no vemos más que formas incomprensibles, represente para su propietario la piel de una serpiente. Es posible que el salvaje perciba en la serpiente líneas y formas de las que nosotros no nos damos cuenta, impresionados únicamente por sus líneas generales, la plástica de conjunto del animal ó el color de su totalidad.

Poseen, pues, los primitivos actuales un sentido especialísimo para percibir ciertos detalles de las cosas que les rodean, y con ellas abreviadamente formar sus tipos de decoración geométrica; pero nada hay interior, nada sale fuera que antes no nos haya venido de fuera y por el agente intermediario de los sentidos. No deja de ser interesante que el arte sea ya en sus orígenes, lo mismo que será siempre: una reacción sentimental, interior, del ser humano sobre las cosas exteriores.

Pero además de este arte geométrico, ornamental y abreviado, poseen algunos pueblos primitivos la facultad de reproducir animales, objetos y hasta escenas de conjunto, con un naturalismo que sorprende á nuestros mismos ojos, acostumbrados á toda clase de maravillas artísticas. Son esculturas en hueso y marfil labradas por los esquimales, ó pinturas en las rocas, en las que principal-

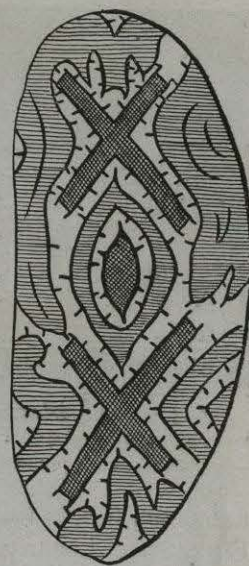


Fig. 14. — Escudo de un australiano.

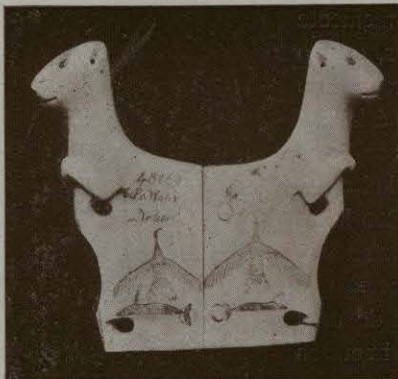


Fig. 15.—Escultura de marfil labrada por los esquimales del cabo del Príncipe de Gales, para adornar la proa de un esquife.

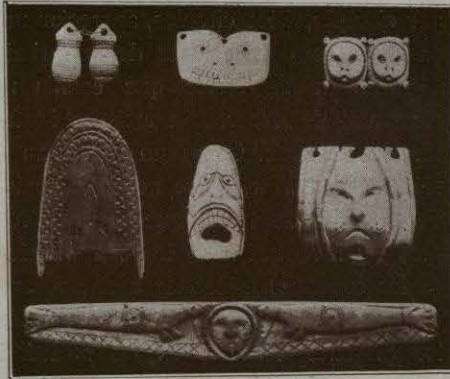


Fig. 16.—Objetos labrados en marfil por los esquimales, representando formas de la naturaleza.

mente son hábiles los pueblos cazadores africanos y también los australianos. Empezaremos por tratar de la escultura, porque cronológicamente parece anterior; por lo menos el naturalismo artístico se manifiesta en las razas prehistóricas europeas, como veremos en el próximo capítulo, primero en objetos tallados de escultura que en decoraciones pictóricas. En los pueblos salvajes y primitivos actuales, esta prelación cronológica se hace difícil de observar, las razas se valen de la escultura ó la pintura según el clima y el lugar que ocupan en la tierra, y no según sus progresos en la civilización. En el interior de sus chozas de nieve tallan los esquimales las astas del reno, labrando pequeñas figurillas humanas, ó juguetes y amuletos en forma de animales (figs. 15 y 16). Decoran sus arpones con escenas de pesca, de cacería, con miniaturas de *kajaks*, típicas piraguas forradas de pieles. Su arte es principalmente la escultura de bulto y de relieve, consecuencia de su visión especial en aquellas extensiones blancas, donde los hielos no muestran más que formas incoloras. Su industria de caza y pesca les obliga además á tallar arpones y anzuelos en el marfil plano de las astas del reno. Así se desarrolla en ellos una prodigiosa facultad para la escultura; pero en cambio apenas pintan sus cuerpos, embutidos siempre entre pieles, y sus tatuajes no ofrecen tampoco aquel valor preponderante que tenían en los primitivos desnudos de los trópicos.

Simultáneamente con los objetos de utilidad práctica, fabrican los esquimales pequeños juguetes ó figurillas de reno, que podría creerse no tuvieron otra utilidad que la puramente estética, como si el arte hubiese llegado á un valor desinteresado, sin otro fin que el goce libre que buscará más tarde.

Estas pequeñas esculturas de los esquimales son hoy recogidas por los viajeros, no sólo como documentos para los museos, sino también como preciados objetos de comercio. Pero en un principio tenían otra utilidad que la del simple objeto de arte: eran mágicos amuletos para favorecer la caza y la pesca.

Es una ley común de las mentes primitivas la superstición de creer que, con la reproducción de un objeto, se asegura la posesión del mismo. Hay que llevar consigo al dios propicio, la imagen del fantasma querido, la escultura del reno que se desea cazar, ó del *kajak* ó piragua que no se debe sumergir. No es pre-



Escultura procedente de la isla de Pascuas, en el Océano Pacífico. (Museo Británico)